La Comédiathèque

Entre bromas





y veras

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Entre bromas y veras

Comedia en doce sketches

Jean-Pierre Martinez

A veces es difícil distinguir lo verdadero de lo falso. Pero mezclarlos a propósito puede resultar de lo más divertido.Aunque solo sea por reírse.

1 – La fiesta de los muertos....3
2 – La trampa....11
3 – Una ratonera....13
4 – El gato y el ratón....15
5 – El oro y el dinero....16
6 – Desaparición....18
7 – Evasión....20
8 – ¿Qué tal?....22
9 – Autenticación....25
10 – Zoquetes....29
11 – El mapa....31
12 – Las primaveras....34

Todos los personajes pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres, con los ajustes necesarios en nombres y tratamientos.

1 – La fiesta de los muertos

Una tumba con el retrato del difunto y una placa que dice «En memoria de Jacky». En el suelo hay un periódico viejo. Llegan dos personas, una tras otra, cada una con una maceta, que colocan torpemente junto a la tumba. No parecen conocerse y se sienten incómodas. Silencio.

Uno – Mis condolencias.

Dos – Gracias...

Uno – Usted será de la familia, supongo...

Dos – Eh... No, en realidad. ¿Y usted?

Uno – Yo tampoco.

Miran a su alrededor para comprobar que están solos.

Dos – A lo mejor hemos llegado demasiado pronto.

Uno – Sí...

Dos – O tarde.

Uno – Qué raro que haya tan poca gente.

Dos – Sin embargo... era alguien muy apreciado.

Uno – Sí.

Dos – ¿Le conocía? Quiero decir... ¿le conocía bien?

Uno – No mucho, la verdad... ¿Y usted?

Dos – Yo tampoco. De hecho, le confieso que no sé muy bien qué hago aquí.

Uno – Es lo que uno acaba preguntándose en cualquier entierro, ¿no?

Dos – Sí... Venimos por compromiso y luego... terminamos preguntándonos qué hacemos aquí.

Uno – Y eso que me había jurado no volver a pisar un entierro.

Dos – Yo también... Salvo el mío, claro.

Uno – Hemos hecho bien en venir... de lo contrario, no habría habido nadie.

Un momento de pausa.

Dos – Es muy triste...

Uno – No es una edad para morir, eso seguro.

Dos – ¿Qué edad tenía exactamente?

Uno – ¿Exactamente...? Ni idea. Pero no parecía tan mayor, ¿no? Al menos en la foto...

Dos – Igual es una foto antigua.

Uno – Puede ser... ¿Se ha fijado? En las lápidas suelen poner una foto del difunto cuando todavía era joven y estaba sano.

Dos – Es cierto. Una foto de él antes de su enfermedad o... su accidente.

Uno – O... antes de venirse abajo.

Un momento de pausa.

Dos – Por cierto, ¿de qué murió exactamente?

Uno – Ah, no lo sé...

Dos – Lo que sabemos es que está muerto.

Uno – Es lo único que sabemos con certeza.

Silencio.

Dos – Sus flores son muy bonitas.

Uno – Las suyas también.

Dos – Son las mismas, ¿no?

Uno – Deben de ser del mismo sitio.

Dos – Sí...

Uno – Las cogí de otra tumba, aquí cerca. No había pensado en traer flores y... las vi al pasar.

Dos – Ah, ya veo...

Uno – ¿Y usted?

Dos – Igual que yo. No llevaba dinero encima... He cogido las mías de una tumba un poco más allá.

Uno – Las flores se han vuelto tan caras hoy en día.

Dos – Y quien las tenía antes no creo que vaya a denunciarnos.

La mirada del otro se posa en el periódico del suelo.

Uno – ¿Y este periódico aquí tirado...? Ya podrían haberlo recogido.

Levanta el periódico y mira la portada.

Dos – Este cementerio está bastante abandonado. No sé ni si tiene vigilante. Cualquiera podría robar las flores de la tumba de un desconocido.

Uno – Qué curioso, aquí está su foto en la primera página...

Dos – ¿Su foto?

Uno – Aquí hablan de su desaparición...

Dos – ¿Y entonces? ¿Cómo murió?

El otro lee el artículo.

Uno – Un accidente múltiple, por lo visto.

Dos – ¿Ah, sí...?

Uno – Llevaba una cantidad enorme de alcohol en la sangre, iba a toda velocidad, invadió el carril contrario y se empotró contra el coche que venía de frente.

Dos – Joder...

Uno – El coche que venía justo detrás tampoco tuvo tiempo de frenar.

Dos – Varias víctimas, entonces...

Uno – Con él, suman tres.

Dos – Todo por culpa de un conductor borracho...

Uno – Si lo hubiera sabido... no estoy seguro de que hubiera venido.

Dos – No, yo tampoco...

Uno – Pero, ¿teníamos otra opción?

Se miran con expresión enigmática. Nuevo silencio. Aparece un tercer personaje.

Dos – Ah... ahí viene alguien más.

Uno – La familia, probablemente.

El tercer personaje se acerca. Es el mismo cuyo retrato está en la tumba.

Dos – Debe ser su hermano, se parece un poco.

Tres – Hola... Gracias por estar aquí... Quiero decir...

Dos – No, no... Es lo normal.

Guardan un momento de silencio.

Tres – Espero que no me guarden mucho rencor...

Los otros dos intercambian una mirada desconcertada.

Uno – ¿Y por qué íbamos a guardarle rencor? No habrá sido usted quien lo mató...

Tres – No, claro que no... Aunque, de alguna manera...

Uno – ¿Ah, sí...?

Tres – De todas formas, gracias por las flores.

Dos – No hay de qué, de verdad...

Uno – Es lo menos que podíamos hacer... *(Una pausa)* Usted es... Quiero decir, era...

Dos – ¿Le conocía bien...?

El tercer personaje parece un poco sorprendido.

Tres – Sí, se puede decir que sí.

Dos – Qué manera tan absurda de irse... Y tan joven...

Tres – Sí...

Uno – Y eso sin contar a las otras dos víctimas, que no tenían culpa de nada.

Dos – Lo de conducir bebido es una lacra... Nunca se insistirá bastante...

Se produce un silencio incómodo.

Tres – Bueno, ahora ya no podemos cambiar nada. ¿Para qué lamentarnos? *(Una pausa)* ¿Les apetece tomar algo?

Uno – ¿Perdón?

Tres – ¿Un refresco? ¿Una copita...?

Vacilan un instante.

Dos – Pues una copita, sí. A ver si nos anima un poco...

Tres – Además, a estas alturas, ¿qué podemos perder?

El tercer personaje se aleja.

Uno – ¿Por qué no...? Se suele brindar por la salud del difunto, ¿verdad?

Dos – Será por su memoria. Brindar por la salud de un muerto...

Uno – Sí, claro...

Dos – Y además, generalmente no se brinda directamente sobre su tumba, ¿verdad?

Uno – Creo que en México lo hacen, el Día de los Muertos.

Dos – Es verdad... pero no estamos en México.

Uno – Y tampoco es el Día de los Muertos.

Dos – ¿Está seguro?

Uno – ¿De qué?

Dos – De que no es el Día de los Muertos.

Uno – No lo sé...

Dos – En cualquier caso, no estamos en México... ¿O sí?

Silencio. El tercero regresa sonriendo con tres copas de champán en una bandeja. Lleva una botella en la otra mano y la deja sobre la tumba.

Tres – Adelante, por favor...

Cada uno toma una copa.

Dos – Gracias.

Todos parecen un poco incómodos.

Uno – Bueno, pues... a la memoria de... *(Mirando la placa)* Jacky.

Tres – Eso es.

Levantan las copas y las vacían.

Dos – Está fresquito.

Uno – Sí, es bueno.

El segundo coge la botella y mira la etiqueta, intrigado.

Dos – ¿Veuve Clicquot...? ¿El champán de la viuda?

Tres – Aquí ya no hay viudas... En un cementerio, tarde o temprano, todas las parejas vuelven a reunirse.

Uno – Claro...

Un momento de desconcierto. Vuelven a beber.

Tres – Estaríamos aún mejor con unos canapés, ¿no?

Dos – ¿Para echarnos una siesta? No sé si es el momento...

El tercero se queda perplejo un instante y luego sonríe.

Tres – ¡No! Canapés de comer. Algo para picar.

Dos – Ya lo había entendido. Era una broma...

Tres – Voy a buscarlos...

El tercero sale otra vez, llevándose la bandeja.

Uno – Canapés... Es de locos, ¿no?

Dos – Sí...

Uno – ¿Qué quería decir con eso de la viuda?

Dos – No lo sé...

Uno – Oiga, pues no está tan mal este entierro, ¿eh?

Dos – Parece una barbacoa entre amigos.

Uno – Excepto que nadie se conoce.

Dos – No acabo de entender qué parentesco tiene con el difunto.

Nuevo silencio. Contemplan la tumba y el retrato.

Uno – Se parece un poco, ¿no?

Dos – Diría que se parece mucho...

Uno – ¿Cree que es él?

Dos – ¿Cómo podría ser él? Está muerto...

Uno – No lo sé.

El tercero regresa con los canapés en una bandeja.

Tres – ¡Aquí tienen! Sírvanse...

Uno – Gracias.

Se sirven uno tras otro.

Dos – Creo que probaré este.

Uno – Sí, están muy buenos.

Dos – Y además, son originales estos canapés, en forma de...

Uno – En forma de ataúdes.

Tres – Pensé que para esta ocasión...

Dos – Sí...

Mastican sus canapés.

Uno – Esto da sed...

Tres – Voy a por su hermanita...

Dos – ¿Su hermanita?

Tres – ¡Otra botella!

Uno – Ah, claro...

Se aleja nuevamente. Los otros miran el retrato.

Dos – Ese es él, ¿verdad?

Uno – Parece que sí.

Dos – Entonces... ¿no está muerto?

Un momento de pausa.

Uno – O... a lo mejor los muertos somos nosotros.

Dos – Sí...

Se miran incómodos.

Uno – Disculpe un momento... *(Se aleja y vuelve)* Esto es increíble...

Dos – ¿Qué pasa?

Uno – Ahí está la mía también...

Dos – ¿La suya?

Uno – Mi tumba.

Dos – ¿Está seguro?

Uno – Mi nombre está grabado en la lápida.

Dos – Ah, claro...

Uno – Y también mi retrato. Cuando era joven...

Dos – ¿Cuál es?

El otro señala una tumba con el dedo.

Uno – Es la tumba de donde cogí esta maceta de flores. No me había dado cuenta...

Silencio.

Dos – En ese caso... seguramente esté la mía también.

Uno – Puede ser... *(Una pausa)* Entonces esto no es una fiesta de despedida.

Dos – Más bien una fiesta de bienvenida.

Uno – O la inauguración de nuestra nueva casa. Con lápida incluida.

Silencio.

Dos – ¿Usted recuerda...?

Uno – ¿El qué?

Dos – Pues... ¿cómo hemos muerto?

Uno – No estoy seguro, pero...

Coge el periódico y lo mira de nuevo.

Dos – ¿Qué pasa?

Uno – Hay una foto del accidente.

Dos – ¿Y qué?

Uno – Los coches han quedado hechos chatarra, pero... creo que ese coche rojo es el mío.

Dos – Déjeme ver... *(Examina el periódico)* El mío está irreconocible, pero... esa matrícula es la mía.

Uno – Entonces en los coches de enfrente éramos nosotros...

Dos – Al parecer...

Un momento de pausa.

Uno – Y cree que vamos a perdonarlo por unas copas de champán...

Dos – Y unos canapés con forma de ataúd.

Uno – Tiene más cara que espalda...

Dos – Lo voy a matar.

Uno – Ya está muerto.

Dos – Y nosotros también...

El tercero regresa, con una gran sonrisa y otra botella de champán en la mano.

Tres – ¿Les pongo otra copita?

Los otros dos le lanzan una mirada asesina.

Negro.

2 – La trampa

Dos personas frente a frente.

Uno – Así que lo tienes decidido: quieres deshacerte de ella.

Dos – No veo otra solución. Lo he intentado todo, te lo aseguro.

Uno – Estamos hablando de matar a alguien. No hay vuelta atrás.

Dos – Lo sé.

Uno – ¿Podrás vivir con eso en la conciencia el resto de tu vida?

Dos – Asumo toda la responsabilidad, pero yo no puedo hacerlo. ¿Te encargarías tú?

Uno – No será gratis, obviamente.

Dos – Obviamente.

Uno – Si no quieres mancharte las manos, hay que pagar.

Dos – ¿Cuánto?

Uno – Te haré precio de amigo. Tranquilo.

Dos – OK. ¿Y cómo piensas hacerlo?

Uno – ¿Estás seguro de que quieres saberlo?

Dos – Preferiría que no sufriera.

Uno – Le voy a tender una trampa.

Dos – Bueno... Si crees que es lo más eficaz...

Uno – ¿En qué pensabas? ¿Un arma de fuego?

Dos – No lo sé...

Uno – Yo también tengo principios. Con una pistola sería un crimen en toda regla. Una trampa queda a medio camino entre el accidente y el asesinato. Entre un suicidio involuntario y un homicidio por pura casualidad.

Dos – Pero la trampa implica una intención de matar...

Uno – Sí, pero también necesita la colaboración de la víctima. Si no su consentimiento tácito, al menos su participación involuntaria.

Dos – ¿De verdad?

Uno – Si le disparas a alguien, no le das ninguna oportunidad. Con una trampa siempre puede librarse. El asesino recorre medio camino y la víctima tiene que recorrer el otro medio.

Dos – Sin saberlo.

Uno – Al menos de forma inconsciente.

Dos – Bueno... ¿Y en qué consiste exactamente esa trampa?

El otro se saca una ratonera del bolsillo y se la enseña.

Uno – Esto.

Dos – ¿Una ratonera?

Uno – Más grande, obviamente.

Dos – ¿Y la vas a construir tú?

Uno – Tampoco hace falta ser ingeniero. Basta con respetar las proporciones.

Dos – Bueno...

Uno – Eso sí, habrá algunos gastos extra...

Dos – ¿Y con qué vas a atraerla? No será con queso...

Uno – Depende... ¿Qué clase de ratoncita es?

Dos – De las que tienen gustos muy caros.

Uno – Entonces habrá un suplemento para el cebo.

Dos – Bueno... Mientras te encargues de deshacerte de ella.

Negro.

3 – Una ratonera

Dos personajes con aspecto de vagabundos —aunque pueden llevar máscaras de ratón— miran fijamente hacia delante.

Uno – ¿Ves aquel queso?

Dos – No hago más que mirarlo desde hace rato.

Silencio.

Uno – ¿Y por qué no nos hemos abalanzado sobre él?

Dos – No sé... No me fío.

Uno – Yo también.

Dos – Demasiado bueno para ser verdad.

Uno – Está demasiado fresco, ese queso.

Dos – Parece que acaba de salir del frigorífico.

Uno – No se parece a los trozos de queso que encontramos en el suelo o en los cubos de basura.

Dos – En la basura solo encontramos cortezas.

Silencio.

Uno – Y esa cosa de ahí, ¿qué es?

Dos – ¿Qué cosa?

Uno – Ese queso está encima de una tablita.

Dos – Ah, sí... Estaba tan fascinado por el queso que no había visto la tablita.

Uno – Una tabla pequeña, con una barrita de metal amarillo.

Dos – Amarilla como el oro.

Uno – Sí.

Dos – Brilla, es bonita.

Uno – ¿Qué será?

Dos – ¿Una tabla de quesos?

Uno – Normalmente tenemos que conformarnos con las migajas que caen de la mesa, y ahora nos lo sirven en bandeja.

Dos – ¿A qué esperamos?

Uno – Pero tampoco es un trozo muy grande. Para dos no llega.

Dos – Sí...

Uno – Venga, te lo dejo a ti.

Dos – No sé... ¿Y si fuera una trampa?

Uno – No vamos a dejar que se estropee. Sería una pena.

Dos – Creo que me voy a dejar tentar.

Uno – Después de todo... solo se vive una vez.

Dos – Allá voy...

Negro.

Se oye el chasquido seco de la trampa al cerrarse.

Vuelve la luz.

Solo queda en escena el primer personaje.

Uno – Ya... Solo se vive una vez. Y a veces ni eso dura mucho. En fin... ahora me puedo quedar yo con el queso.

Negro.

4 – El gato y el ratón

Dos personajes.

Uno – ¿Te acuerdas de que te dije que tenía un ratón en casa?

Dos – Sí.

Uno – Me dijiste que me hiciera con un gato para librarme de él.

Dos – ¿Y entonces?

Uno – Funcionó. Ya no tengo ratón.

Dos – Genial.

Uno – Sí... *(Silencio)* Pero ahora, ¿cómo me libro del gato?

Negro.

5 – El oro y el dinero

Dos personajes que no parecen tener nada mejor que hacer.

Uno – ¿Qué estábamos diciendo?

Dos – Nada...

Uno – Ah, sí... *(Otro silencio)* Bueno, ¿y tú qué tal?

Dos – Bien... ¿Y tú? Pareces preocupado...

Uno – No, no, es solo que...

Dos – ¿Qué?

Uno – Ya no sé qué hacer con tanta pasta.

Dos – ¿Tienes tanta?

Uno – No lo sé...

Dos – En todo caso, eres rico.

Uno – ¿Y a partir de cuánto dinero se considera uno rico?

Dos – Desde el momento en que ya no sabes qué hacer con tu dinero, supongo.

Uno – Entonces va a resultar que soy rico.

Dos – ¿De verdad no necesitas nada más?

Uno – Ya tengo todo lo que necesito. No me falta de nada, como suele decirse.

Dos – ¿Y no hay nada que te apetezca?

Uno – Lo malo de hacerse mayor es que cada vez tienes más dinero y menos cosas que te apetezca comprar.

Dos – Cómprate algo bonito.

Uno – ¿Algo bonito?

Dos – Una obra de arte, por ejemplo. Y encima puede tener ventajas fiscales.

Uno – ¿Por ejemplo?

Dos – Los cuadros ocupan poco sitio...

Uno – Los cuadros son frágiles, ¿no?

Dos – Claro. Pues compra esculturas, entonces. El mármol no envejece.

Uno – A lo mejor me compro unos lingotes.

Dos – ¿Lingotes?

Uno – Lingotes de oro.

Dos – O sea, que no sabes qué hacer con tu dinero y se te ocurre comprar oro con él.

Uno – Es más resistente que un cuadro, ¿no? Incluso más que el mármol. El oro no se estropea.

Dos – Ya, pero un cuadro o una escultura los puedes contemplar.

Uno – Los lingotes también se pueden contemplar.

Dos – ¿De verdad?

Uno – Yo nunca he visto un lingote de oro de verdad. Seguro que me gustaría quedarme mirándolo.

Dos – Sí...

Uno – Si tú tuvieras lingotes, ¿no te gustaría mirarlos?

Dos – Sí, seguramente...

Uno – Pues sí... Unos lingotes, ¿por qué no?

Dos – O... podrías dar parte de ese dinero.

Uno – ¿Regalarlo? ¿A quién?

Dos – No sé... A alguien que tenga menos que tú.

Un momento de pausa.

Uno – ¿Tú tienes menos dinero que yo?

Dos – No lo sé.

Uno – Creo que voy a comprar lingotes.

Dos – Vale.

Uno – Si quieres, un día te dejo venir a mirarlos conmigo.

Dos – Gracias.

Negro.

6 – Desaparición

Entra un personaje. Mira a su alrededor, desorientado, y rompe a llorar. Llega otra persona.

Uno – Vaya... ¿Qué le pasa?

Dos – He perdido a mi mujer...

Uno – Lo siento mucho. Mi más sentido pésame.

El otro deja de llorar de golpe.

Dos – No, pero no está muerta.

Uno – Ah, ¿no...?

Dos – Estaba probándome unos zapatos. Ella estaba a mi lado y, de pronto... desapareció.

Uno – Vale, entonces... ha perdido a su mujer.

Dos – Sí, eso es lo que le decía.

Uno – Pero sigue viva.

Dos – Sí, bueno, creo...

Uno – Motivo de más para no llorar.

Dos – Sí, pero... estaba aquí, a mi lado, y de pronto desapareció.

Uno – ¡Tampoco se habrá evaporado! La gente no desaparece sin más.

Dos – ¡Se lo estoy diciendo! Estaba aquí, a mi lado y...

Uno – Y de pronto desapareció. Sí, ya me he enterado.

El otro mira a su alrededor, completamente desconcertado.

Dos – Desaparecida... Ha desaparecido...

Uno – No se preocupe, la encontraremos. ¿Quiere que le acompañe a información? Seguro que pueden avisarla por megafonía.

Dos – ¿Qué tipo de mensaje?

Uno – ¿Cómo se llama usted?

Dos – Antonio.

Uno – Algo como «El pequeño Antonio espera a su mujer en información».

Dos – O tal vez, ha decidido dejarme.

Uno – ¿Cuánto tiempo llevan casados?

Dos – Treinta años.

Uno – ¿Después de treinta años de casados va a dejarle así, de repente? ¿En medio del supermercado, llevándose el carrito?

Dos – ¡Dios mío, el carrito! ¡También ha desaparecido!

Uno – ¿Estaba vacío o lleno?

Dos – Vacío, creo.

Uno – Entonces no puede haber ido muy lejos... ¿Qué fue lo último que le dijo su mujer?

Dos – A ver... Sí, ya me acuerdo. Me dijo, palabra por palabra: «Nos vemos en los congelados».

Uno – Entonces hay otra posibilidad que quizá debería considerar.

Dos – ¿Cuál?

Uno – Que esté esperándole en la sección de congelados.

Dos – ¿Cree que sí?

Uno – Me cuesta creer que una mujer deje a su marido después de treinta años y se despida diciendo «Nos vemos en los congelados»... sin pensar ir allí.

Dos – ¡Tiene razón! Voy a mirar. Gracias, muchísimas gracias.

Está a punto de marcharse cuando se oye un anuncio por megafonía.

Voz en off – La pequeña Juanita espera a su marido en la sección de bricolaje.

Dos – ¿Cree que podría ser ella?

Uno – ¿Cómo se llama su mujer?

Dos – Juanita.

Uno – Debería ir a ver...

Se marcha, pero vuelve enseguida.

Dos – ¿Dónde está la sección de bricolaje?

Uno – Vamos, le acompaño.

Negro.

7 – Evasión

Dos personas en una celda de prisión.

Uno – ¿Cuánto tiempo llevas en la cárcel?

Dos – El día de Navidad hará diez años.

Uno – ¿En Navidad? ¿Mataste a Papá Noel para quitarle los regalos?

Dos – Casi... Maté a mi padre para que dejara de pegarme.

Uno – ¿Y te dieron cadena perpetua por eso?

Dos – Los jueces también tienen hijos. Les aterra que un hijo mate a su padre por una tontería así.

Uno – El juez que te condenó también debía de pegarles a sus hijos. O hacer cosas peores...

Dos – Tendría que haberlo hecho dos años antes. Todavía era menor y me habría caído menos condena.

Uno – Pensar las cosas demasiado nunca trae nada bueno.

Dos – ¿Y tú?

Uno – ¿Yo? Ya ni me acuerdo...

Dos – ¿No sabes por qué estás aquí o no sabes desde cuándo?

Uno – Prefiero olvidar por qué estoy aquí. Y cuánto tiempo llevo... Al cabo de veinte años dejé de contar.

Dos – Empiezo a preguntarme si algún día nos dejarán salir.

Uno – No estoy seguro de querer salir ya.

Dos – ¿Por qué dices eso?

Uno – Después de tantos años encerrado... Fuera, ya no reconoceremos nada. Ni a nadie.

Dos – Y nadie nos reconocerá.

Uno – La última vez que tomé un café en un bar costaba unas pocas monedas. Y casi nadie tenía móvil. ¿Te lo puedes creer?

Dos – Es como llevar todo este tiempo muertos. Enterrados vivos. Y un día nos soltarán de golpe en el mundo. Será como volver a nacer.

Uno – Pero en lugar de ser recién nacidos, con padres que cuiden de nosotros, seremos ancianos, sin nadie que nos dé la mano.

Dos – Como un pez que devuelves al mar y que ya no sabe nadar porque ha pasado demasiado tiempo fuera del agua.

Uno – Menuda tontería... Fuera del agua, los peces se mueren asfixiados.

Dos – Ya... Me siento como un pez fuera del agua.

Uno – Acabamos entre rejas porque no encajábamos en la sociedad. ¿Y después de treinta años encerrados vamos a encajar mejor?

Dos – Tomamos malas decisiones, eso es todo. ¿Qué querías ser de pequeño?

Uno – Cuando jugábamos a policías y ladrones, yo siempre quería ser policía. No sé en qué momento se torció todo. ¿Y tú?

Dos – Yo quería ser astrofísico. Pero era demasiado tonto.

Uno – ¿Qué es eso de astrofísico?

Dos – Las estrellas, los planetas, todo eso.

Uno – Ah... La astrología. ¿De qué signo eres?

Dos – Piscis.

Uno – Ah, ya veo...

Dos – ¿Tú crees que estamos solos en el universo?

Uno – En el mundo estamos solos, desde luego. Así que, ¿qué más da que haya marcianos?

Dos – Nos dieron cadena perpetua. Una invasión extraterrestre es lo único que podría salvarnos, ¿no?

Uno – Sí.

Dos – En una revolución asaltaron una cárcel y liberaron a los presos...

Uno – ¿Ese es tu plan de fuga?

Dos – ¿Tienes otro?

Uno – Tienes razón. Ya solo nos pueden salvar los marcianos.

Dos – Lamentablemente, todavía no he encontrado la forma de contactar con ellos.

Un momento de pausa.

Uno – Y suponiendo que existan y que consigas mandarles un mensaje... ¿qué les dirías para convencerlos de que vinieran a sacarnos de aquí?

Dos – No lo sé... ¿Tienes alguna idea tú?

Uno – Depende... ¿Tú crees que los extraterrestres están de parte de los policías o de los ladrones?

Negro.

8 – ¿Qué tal?

Dos personajes. El segundo parece preocupado por algo.

Uno – ¿Qué tal?

Dos – Bien.

Uno – No parece que estés bien.

Dos – Sí, sí, estoy bien... Es solo que...

Uno – ¿Qué pasa?

Dos – Vas a pensar que estoy loco...

Uno – Dime.

Dos – ¿Conoces eso que se dice de los perros, «solo les falta hablar»?

Uno – Sí.

Dos – Pues esta mañana mi perro me ha hablado.

Uno – ¿Y qué te dijo?

El otro lo mira sorprendido.

Dos – ¿Qué me dijo?

Uno – Sí.

Dos – ¡Te digo que mi perro habla y tú me preguntas qué ha dicho!

Uno – Pues sí.

Dos – ¡La noticia es que tengo un perro que habla! Lo que haya dicho es lo de menos, ¿no?

Uno – ¿Y qué querías que te contestara?

Dos – Yo qué sé. Podrías haber dicho: «Anda ya, los perros no hablan».

Uno – Perdona.

Dos – ¡Tú te crees cualquier cosa!

Uno – Entonces, no es verdad.

Dos – ¡Sí! ¡Es absolutamente verdad!

Uno – Entonces repito: ¿qué ha dicho? Me intriga saber qué pueden tener que contarnos los perros.

Dos – Tampoco ha dado una rueda de prensa. Ha sido una conversación normal y corriente entre mi perro y yo.

Uno – ¿Una conversación banal? ¿Sobre qué?

Dos – Pues... le estaba diciendo...

Uno – ¿Tú hablas con tu perro?

Dos – ¡Claro! Todo el mundo habla con su perro. ¿Tú no hablas con el tuyo?

Uno – No tengo perro. A veces hablo solo, como todo el mundo, pero... En fin, estabas hablando con tu perro. ¿Qué le decías?

Dos – No recuerdo las palabras exactas, pero... estábamos hablando de su comida.

Uno – ¿De su comida?

Dos – Sí, le estaba poniendo el pienso, como siempre, y le dije algo así como: «¿Qué tal está la comidita de mi perrito?»

Uno – «¿Qué tal está la comidita de mi perrito?»

Dos – Sí...

Uno – ¿Y entonces?

Dos – Me contestó... «Bien».

Uno – ¿«Bien»?

Dos – «Bien». Supongo que quería decir que el pienso no estaba mal.

Uno – ¿Y luego?

Dos – Después... se terminó el pienso.

Uno – ¿Eso es todo lo que dijo?

Dos – ¿No es suficiente?

Uno – Pues tampoco parece un perro muy hablador, ¿no?

Dos – La verdad es que no.

Uno – ¿Estás seguro de haber oído bien?

Dos – Te aseguro que dijo «bien».

Uno – ¿Y desde entonces no ha dicho nada más?

Dos – Nada.

Uno – Bueno, si te ha dicho que estaba bien...

Dos – Sí.

Uno – Podrías hacerle una pregunta menos tonta, a ver qué pasa.

Dos – ¿Como qué?

Uno – No sé...

Dos – Podría preguntarle... «Hace buen día, ¿eh?»

Uno – Dije una pregunta menos tonta...

Dos – ¡Tampoco voy a preguntarle qué opina de las últimas elecciones! Que solo es un perro.

Uno – A lo mejor sería más sencillo dejar de hablarle.

Dos – Puede. Pero echaría de menos nuestras conversaciones. Hasta ahora yo hablaba y él no contestaba. Y yo tan a gusto.

Uno – El interlocutor perfecto.

Dos – Y además, debo admitir que tengo un poco de miedo.

Uno – ¿Miedo? ¿De qué?

Dos – De lo que pueda decirme.

Uno – ¿Cómo?

Dos – ¡Es un perro! A lo mejor los perros saben cosas que nosotros ignoramos.

Uno – ¿Cosas? ¿Como qué, por ejemplo?

Dos – ¡Yo qué sé! Si lo supiera, no tendría tanto miedo...

Uno – Bueno... sí. Tal vez deberías dejar de hablarle.

Dos – Ya... Pero entonces creerá que estoy enfadado con él. No sé cómo salir de esta situación. A lo mejor debería deshacerme del perro.

Uno – ¿Deshacerte de él? ¿Quieres decir...?

Dos – Tienes razón, no puedo hacer eso. Abandonar a un perro en un área de servicio ya está mal, pero si encima habla...

Uno – Sí...

Dos – En fin, me ha venido bien contártelo.

Uno – Me alegro...

Dos – Bueno, hasta luego.

Uno – Hasta luego.

Dos se va. Uno se queda pensativo un momento y se vuelve hacia el público.

Uno – ¡Guau! ¡Guau, guau! ¡Guau, guau, guau!

Negro.

9 – Autenticación

Una persona está sentada detrás de un escritorio. Entra otra.

Uno – Buenos días. Vengo a que me autentifiquen una firma.

Dos – Sí...

Uno – Es una autorización para vender nuestra casa de campo.

Dos – Muy bien.

Uno – Ya casi no íbamos de todos modos y... En fin, no voy a contarle mi vida.

Dos – No.

Uno – No podré estar presente en la firma del contrato de compraventa y... En fin, necesito un poder. El notario me ha dicho que tengo que autenticar la firma en el ayuntamiento.

Dos – De acuerdo...

Uno – Aquí tiene el documento y mi DNI.

El otro examina el documento de identidad.

Dos – Señor Ramírez.

Uno – Así es.

Dos – Bien... *(Consulta también el poder)* Juan Pablo Ramírez.

Uno – Sí, como puede ver, es el mismo nombre.

Dos – En efecto...

Uno – ¿Entonces firmo?

Dos – Como quiera.

Uno – Fíjese bien, ¿eh? No tengo copia. No vaya a decirme luego: «Perdone, estaba mirando a otro lado, ¿podría firmar otra vez?»

Dos – Estoy mirando.

El otro firma el documento.

Uno – Y ahora pongo mis iniciales en cada página... y listo.

Dos – Muy bien... ¿Puedo hacer algo más por usted, señor... Ramírez?

Uno – Bueno... ¡sí, me parece que sí!

Dos – ¿Y qué sería?

Uno – ¡El sello! Usted también tiene que firmar y poner el sello del ayuntamiento.

Dos – ¡Claro! ¿Dónde tengo la cabeza? A ver, ¿dónde habré dejado el sello del

ayuntamiento...?

Uno – Lo tiene ahí, a su lado.

Dos – ¡Ah, sí! A ver, la almohadilla... *(Entinta el sello)* Ya está. Espero que haya quedado suficiente tinta. Con los sellos pasa siempre lo mismo: o apenas se ve, o queda un borrón. ¿Qué prefiere?

Uno – ¿Qué prefiero?

Dos – ¿Que no se lea o que quede un borrón?

Uno – Si tengo que escoger, casi prefiero un borrón.

Dos – Haré lo que pueda... *(Vuelve a entintar el sello y se dispone a estamparlo en el documento, muy concentrado, pero se detiene en el último momento)* Un momento...

Uno – ¿Qué pasa?

Dos – Después de todo... ¿cómo sé que usted es quien dice ser?

Uno – ¿Perdón?

Dos – Estoy aquí para autenticar esta firma, ¿no es así?

Uno – Sí.

Dos – ¿Qué me demuestra que la persona que tengo delante es la que figura en este poder?

Uno – Le acabo de enseñar mi DNI...

Dos – Claro... Tiene razón...

Uno – Bien.

El otro se dispone a poner el sello.

Dos – Espere un momento...

Uno – ¿Qué pasa ahora?

Dos – ¿Y qué me demuestra que la persona que tengo delante es la que aparece en ese DNI?

Uno – Pues... porque se lo acabo de dar yo.

Dos – Podría haberlo robado.

Uno – Porque la firma que acabo de poner aquí coincide con la de mi DNI.

Dos – Podría haberla falsificado. Y, entre nosotros, no parece muy difícil de imitar.

El otro comienza a dudar.

Uno – Tiene razón... En realidad, eso no prueba nada...

Dos – No, claro que no.

Uno – Pero entonces... ¿cómo puedo demostrarle que soy de verdad Juan Pablo Ramírez?

Dos – Ni siquiera eso demostraría nada.

Uno – ¿Cómo es eso?

Dos – Podría ser un homónimo.

Uno – ¿Un homónimo?

Dos – Admítalo, Juan Pablo Ramírez... no debe de haber solo uno. Desafortunadamente...

Uno – Claro...

Dos – ¿Y cómo sabemos que usted es el auténtico?

Uno – Estoy empezando a dudarlo hasta yo...

Dos – Entonces, ¿cómo lo resolvemos?

Uno – ¿Las huellas dactilares?

Dos – Dos personas podrían tener exactamente las mismas huellas dactilares.

Uno – ¿De verdad?

Dos – Es muy improbable, pero podría ocurrir.

Uno – ¿Qué probabilidad hay?

Dos – Una entre sesenta y cuatro mil millones.

Uno – No somos 64 mil millones en este planeta.

Dos – Aquí no. Pero ¿y si hubiera seres humanos en otros planetas?

Uno – Entiendo... Entonces, ¿no hay manera de tramitar el poder?

Dos – ¿Sabe qué?

Uno – ¿Qué?

Dos – Me cae usted bien.

Uno – ¿De verdad?

Dos – Sí. Tiene cara de buena persona.

Uno – ¿Y entonces?

Dos – Voy a concederle el beneficio de la duda. *(Estampa el sello, firma el documento y se lo entrega)* Aquí tiene, señor Ramírez.

Uno – ¡Gracias por su confianza! No sé cómo agradecérselo.

Toma el documento y le echa un vistazo.

Dos – ¿Algún problema?

Uno – Eh... ¿Seguro que ese es el sello del ayuntamiento?

Dos – ¿Está insinuando que... yo tampoco soy quien digo ser?

Uno – No, pero...

Dos – ¿Ahora es usted quien duda de mi identidad?

Uno – Podría haberse equivocado de sello.

Dos – ¿De sello?

Uno – Este no es el sello del ayuntamiento.

Dos – A ver... *(Recupera el documento y lo examina)* Tiene razón. No es el sello del ayuntamiento.

Uno – ¿Está seguro de que es usted empleado del ayuntamiento?

Dos – ¿Seguro...? No. De hecho, estoy casi seguro de que no.

Uno – ¿No es usted empleado del ayuntamiento?

Dos – No.

Uno – Pero entonces... si yo no soy quien digo ser, y usted tampoco, ¿quiénes somos?

Dos – Ser o no ser, esa es la cuestión... Pero si quiere resolverla, le aconsejo que vaya al edificio de enfrente.

Uno – ¿Enfrente? ¿Y por qué?

Dos – Porque el ayuntamiento está allí.

Uno – ¿Y aquí qué es entonces?

Dos – Esto es una autoescuela.

Uno – Ya entiendo lo que quiere decir...

Duda en irse.

Dos – ¿Algún otro problema, señor Ramírez?

Uno – Ya se lo dije... *(Muestra el documento)* No tenía copia...

Negro.

10 – Zoquetes

Una persona está en escena. Llega otra.

Uno – Entonces... ¿ya han descifrado su mensaje?

Dos – Nuestros mejores especialistas están en ello. No tardarán mucho. He pedido que me manden la transcripción al móvil.

Uno – ¿Y su nave espacial?

Dos – Ya está en órbita alrededor de la Tierra.

Uno – ¿Se da cuenta? ¡Es un momento único en la historia de la humanidad! Por primera vez vamos a contactar con una civilización extraterrestre.

Dos – Sí. Estoy deseando saber qué tienen que decirnos.

Uno – Si han llegado hasta aquí, dominan tecnologías que ni imaginamos. Seguro que tienen mucho que enseñarnos.

Dos – Y también querrán saber algo de nosotros.

Uno – Aunque nos lleven mucha ventaja tecnológica, seguro que también tenemos cosas que ofrecerles.

Dos – Claro. En el ámbito artístico, por ejemplo.

Uno – Sí. O... no sé... Tal vez en política.

Dos – ¿Política, cree usted?

Uno – No, en política quizá no.

Dos – No es que seamos un modelo en todo, pero tampoco tenemos por qué contarles nuestras miserias nada más llegar.

Uno – Tiene razón. Primero enseñémosles nuestra mejor cara.

El móvil del segundo emite una señal. Ambos se quedan inmóviles un instante. Dos mira la pantalla.

Dos – Ya está, hemos logrado descifrar su mensaje.

Uno – Por fin vamos a saberlo.

Dos – ¿Qué hago?

Uno – ¡Léalo de una vez!

El otro mira la pantalla de su móvil y parece muy sorprendido.

Dos – Es bastante corto...

Uno – Es un primer contacto. ¿Pero qué dice?

Dos *(leyendo)* – Sin combustible. Solicitamos permiso para repostar hidrógeno en su planeta... y proseguir viaje.

Uno – ¿Sin combustible?

Dos – Vamos, que se han quedado tirados.

Uno – «Proseguir viaje»... O sea, que para ellos solo somos una gasolinera.

Dos – Eso parece.

Uno – ¿Y entonces... no tienen intención de aprovechar para conocernos mejor?

El otro revisa su pantalla.

Dos – Por lo que parece, lo único que quieren es repostar.

Consternación.

Uno – Ahora que hemos descifrado el código, podemos comunicarnos con ellos, ¿no?

Dos – Sí, supongo.

Uno – Entonces pregúnteles a nuestros visitantes cuál es el objetivo de su viaje.

El otro teclea algo en su móvil.

Dos – Enviado.

Silencio. Se miran con ansiedad. Suena de nuevo el móvil. Dos consulta la pantalla.

Uno – ¿Y bien? ¿Cuál es el objetivo de su misión de exploración, si no vienen a conocernos?

Dos *(leyendo)* – Averiguar si existe alguna forma de vida inteligente en el universo, aparte de la nuestra.

Uno – ¿Una forma de vida inteligente?

Dos – Una forma de vida inteligente...

Uno – ¿Y nosotros, qué?

Dos – Me temo que solo hay una respuesta.

Uno – Me imagino cuál es...

Dos – Nos consideran unos auténticos idiotas.

Se miran consternados.

Negro.

11 – El mapa

Un personaje contempla desconcertado un mapa. Llega otro. El primero le habla.

Uno – Disculpe... ¿Es usted de por aquí?

Dos – Depende. ¿De qué parte?

Uno – Quiero decir... ¿vive por aquí?

Dos – ¿Sí...?

Uno – Porque yo no soy de aquí y... estoy un poco desorientado.

Dos – Desorientado...

Uno – Un poco perdido, si prefiere.

Dos – ¿En qué puedo ayudarle?

Uno – Bueno... solo quiero saber dónde estoy. ¿Usted sabe dónde estamos?

Dos – Sí.

Uno – ¿Y puede decirme dónde estoy?

Dos – Claro... *(Mira a su alrededor)* Está usted, aproximadamente... entre aquel árbol y yo.

Uno – ¿Perdón?

Dos – O, si lo prefiere, está justo debajo del sol, porque es mediodía. Y, como es primavera, está pisando esas primaveras.

Uno – Sí, ya veo pero... lo que quiero saber es dónde estoy... en este mapa.

Dos – Ah, perdón, disculpe. Su mapa, claro... Déjeme verlo...

El otro le pasa el mapa, un poco desconfiado. El segundo lo examina atentamente.

Uno – ¿Y bien?

Dos – Pues no veo nada... No, usted no sale en este mapa.

Uno – ¿No?

El otro vuelve a mirar el mapa.

Dos – No, se lo aseguro. *(Le muestra el mapa)* Mire, usted no aparece. Esas flores tampoco. Si estuviera ahí dibujado, lo veríamos, ¿no?

Uno – Pero no es posible. No pude haberme alejado tanto. Hasta el punto de no aparecer en el mapa.

Dos – A veces se cruzan los límites sin darse ni cuenta.

Uno – Entonces... ¿dónde puedo estar?

Un momento.

Dos – Usted es de los que aún andan buscándose a sí mismos.

Uno – ¿Cómo dice?

Dos – Cuando uno se pregunta dónde está, es porque se está buscando, ¿no?

Uno – Pues muchas gracias por la ayuda. Ahora estoy más perdido que antes de encontrarme con usted.

Dos – Porque se busca en un mapa en vez de buscarse a sí mismo allí donde está.

Uno – ¿Ah, sí? ¿Y dónde estoy exactamente?

Dos – Está donde está. Aquí.

Uno – Lo que necesito no es saber dónde estoy, sino qué dirección tomar para encontrar lo que busco.

Dos – ¿Y qué es lo que busca?

Uno – Mi coche.

Dos – ¿Para ir a dónde?

Uno – Para volver a casa.

Dos – Yo en su lugar me quedaría a acampar.

Uno – ¿Acampar? ¡Si ni siquiera tengo tienda! Además, tengo cosas que hacer.

Dos – ¿Qué cosas, por ejemplo?

Uno – No sé... Tengo que ir a trabajar.

Dos – ¿Trabajar? ¿Para qué? ¿Para pagar el crédito de su coche?

El otro parece un poco abatido.

Uno – O para comprar otro, si no encuentro el mío... A lo mejor tiene razón y me toca dormir al raso.

Dos – En esta época las noches son agradables...

Uno – Entonces, ¿usted también está perdido?

Dos – En cierto modo... Yo también me sentía perdido, como usted. Vine a extraviarme aquí, a este rincón olvidado... Y al final me encontré. Ahora ya soy de aquí.

Uno – Pues yo preferiría no echar raíces...

El otro lo mira con una expresión perpleja.

Dos – ¿Su coche es rojo, un utilitario pequeño?

Uno – Sí.

Dos – Está justo detrás de usted, al otro lado del camino, en el aparcamiento de abajo.

Uno – ¿En serio? ¡Muchísimas gracias, me ha salvado la vida!

Dos – ¿Usted cree?

Uno – Pero entre nosotros, podría habérmelo dicho antes...

Dos – Ahora al menos sabe dónde está... Tome, aquí tiene su mapa.

Negro.

12 – Las primaveras

Hay un personaje en escena. Entra otro.

Uno – Disculpe, ¿sabe qué día es hoy?

Dos – Hoy, creo.

Uno – ¿Hoy?

Dos – Entre ayer y mañana.

Uno – Ya, pero... ¿a cuánto estamos? ¿A 20, a 21 o a 22? No me acuerdo.

Dos – ¿A 21... de qué?

Uno – El 21 de marzo.

Dos – ¿Y qué más da?

Uno – Pues que si estamos a 21, la primavera empieza hoy. Si estamos a 20, empieza mañana. Y si estamos a 22, empezó ayer.

Dos – ¿De verdad cree que la primavera llega de golpe en un día concreto? ¿El 21 de marzo, por ejemplo?

Uno – Pues sí... ¿No?

Dos – O sea, que el 20 todavía es invierno y el 22 ya es primavera, ¿no?

Uno – No lo sé... No sé qué día es hoy.

Dos – Yo tampoco.

Uno – Bueno...

Dos – Hace buen tiempo hoy, ¿no?

Uno – Sí... Hace un día muy... primaveral.

Dos – Mire esas primaveras. No han esperado a saber si hoy es 20 o 21 para florecer.

Uno – Es verdad.

Dos – Entonces vamos a decir que ya es primavera.

Uno – De acuerdo...

Dos – Una golondrina no hace primavera, pero con dos ya podemos empezar a tener esperanzas.

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-259-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.